

Las Coordinadas del Polvo

Un caso del investigador Lucas Messina

De la Serie: *Nouvelle Noire*

Jorge F. González

Gracias por tomarte el tiempo, para leer el inicio de esta novela.
Espero que la disfrutes tanto, como yo al escribirla.

Por favor, siéntete en la libertad de compartir este archivo.

O si prefieres compartir tu opinión, puedes dejar una reseña en Amazon.

Gracias.

Editorial
BLND Studio

www.blndstudio.mx

Prólogo

1994 - La velocidad del mundo

No recuerdo la ciudad con precisión. Eso es lo primero que se pierde con los años. No los hechos, sino la arquitectura del lugar donde ocurrieron.

Podría decir que fue en Portland, o Bruselas, o Ciudad de México, en una sala que resultaba demasiado fría para ser verano. Pero en realidad, lo único seguro es que había una mesa larga, un montón de carpetas abiertas, y la sensación compartida de que algo estaba empezando a moverse, más rápido de lo que cualquier institución humana podía procesar.

Éramos nueve, nueve personas que en teoría, no deberíamos estar en la misma ciudad, mucho menos en la misma habitación.

Funcionarios técnicos, un par de economistas, un representante de un organismo multilateral, cuyo nombre, nunca se pronuncia en voz alta en estos contextos. Un asesor militar bastante discreto, y que no

hablaba mucho, y dos consultores privados, que entendían mejor que los demás, cómo se transformaban eficientemente, los recursos en expectativas.

En los registros, aparezco como consultor, aunque no todos recuerdan haberme visto en la sala. En ese entonces, todavía creía que los modelos podían contener la realidad.

La reunión tenía un nombre típicamente burocrático: "Grupo de Coordinación Especial sobre Recursos Estratégicos Transitorios". Nadie usaba este nombre, obviamente, era mejor conocido simplemente como la Coordinación Especial, o "el Comité".

El problema era simple de formular y casi imposible de resolver. Los descubrimientos geológicos, habían dejado de ser simples eventos aislados, y se estaban convirtiendo en detonadores.

Un informe sobre minerales en una región remota, podía mover mercados internacionales, literalmente, en cuestión de horas. Una filtración podía crear burbujas de inversión, antes de que existiera infraestructura real para sostenerlas.

Y lo más preocupante: ya no era necesario que la información fuera verdadera, bastaba con que fuera creíble.

No todos los que estuvimos en la sala, coincidimos en qué ocurrió. El hombre que presidía la reunión, no era el más alto, ni el más elocuente, pero tenía esa forma de hablar, que no pide atención: la asume.

–El problema no es el litio. –Dijo al inicio.

Nadie lo contradijo.

–El problema no es el cobre, ni el uranio, ni las tierras raras... el problema es el tiempo.

Algunos miraron los papeles, mientras otros, dejaron de fingir que tomaban notas. Yo, lo hice por costumbre.

Una economista, de voz suave por cierto, intervino diciendo:

–El mercado siempre ha funcionado con expectativas.
–Sí. –Respondió él. –Pero nunca con expectativas instantáneas.

Se inclinó ligeramente hacia adelante.

–Antes, la información tardaba meses en transformarse en precio, pero ahora, tarda sólo unos minutos.
–Eso es eficiencia. –Dijo alguien más.

El hombre negó, sin levantar la voz.

–No, eso es inestabilidad acelerada.

Fue entonces que apareció la palabra que cambiaría por completo el tono de la conversación. Nadie la pronunció con énfasis especial, simplemente surgió.

Control.

–Necesitamos mecanismos de control. –Dijo el asesor militar.
–¿Control de qué? –Preguntó alguien.
–De la información sensible. –Respondió.

Se hizo un breve silencio, de esos que no representan duda, sino cálculo. En ese momento, decidí intervenir por primera vez.

–El problema no es sólo la información, es el momento en que se libera.

El hombre frente a mi, asintió con movimientos de cabeza.

–Exacto.

Y entonces añadió una frase que todavía hoy, treinta años después, sigo escuchando con la misma claridad:

–El mundo no tiene un sistema, para decidir cuándo una verdad, resulta demasiado temprana.

Sobre la mesa, diferentes mapas distribuidos. No eran de países, eran de recursos. Zonas marcadas con potencial geológico, rutas de transporte proyectadas, infraestructura inexistente convertida en

líneas punteadas. Era extraño ver el futuro representado como si ya hubiera ocurrido, pero aún sin tener consecuencias.

Uno de los economistas, hizo una pregunta incómoda:

—¿Y si intervenimos demasiado?

Nadie respondió de inmediato, hasta que el presidente de la mesa, dijo:

—La pregunta no es cuánto intervenimos... la pregunta es, ¿qué ocurre si no lo hacemos?

Fue en ese momento, cuando se introdujo la primera versión de lo que, años después, nadie llamaría por su nombre original.

No era un sistema, no era una organización formal, no tenía sede, ni presupuesto asignado. Era algo más peligroso: una coordinación implícita.

La idea era simple, en teoría: evitar que la información sobre ciertos recursos estratégicos, circulara libremente, hasta que existieran condiciones reales para su explotación. No para ocultarla indefinidamente, ni para manipular mercados en beneficio de alguien, sino para evitar que el mercado destruyera el valor, antes de que pudiera materializarse.

Entonces alguien preguntó lo inevitable:

—¿Quién decide cuándo ya es el momento correcto?

El silencio que se produjo esta vez, fue distinto. No era técnico, era moral. El hombre al frente, respondió sin mirar a nadie en particular.

—Nadie debería de tener ese poder. —Luego añadió. —Pero alguien lo tiene, de todos modos.

La frase no generó debate, generó algo peor... asentimiento. Recuerdo que en ese instante, pensé que estábamos cometiendo un error lógico, no ético, lógico. Porque toda estructura creada para

corregir la velocidad de un sistema, termina convirtiéndose en parte de esa velocidad.

Toda contención, genera un nuevo tipo de flujo.

Los meses siguientes, fueron una sucesión de documentos, versiones preliminares, simulaciones, escenarios de riesgo. Ensayos de coordinación entre entidades que oficialmente no debían coordinarse.

Nunca hubo una firma única, tampoco un acta constitutiva, eso era parte del diseño.

La última reunión fue breve, menos de una hora. Ya no había mapas sobre la mesa, sólo una carpeta cerrada. El hombre que presidía todo el proceso, dijo:

—Si esto funciona, nadie lo recordará... y si falla, tampoco.

—¿Y si alguien lo descubre?

La respuesta llegó sin dramatismo.

—Entonces significa, que dejó de funcionar antes de que lo supiéramos.

—¿Y si nos equivocamos?

—Entonces... el mundo descubrirá nuestro error demasiado tarde.

Salí de la sala con la sensación de haber participado en algo, que no tenía una forma final, todavía. No en un acuerdo, ni en una institución, sino en una idea suelta en el sistema. Una idea que no pertenecía a nadie, porque todos la habían aceptado a medias.

Años después, cuando empecé a ver cómo los mercados, reaccionaban a rumores sobre recursos estratégicos, entendí algo que no había entendido entonces: no habíamos creado un mecanismo de control.

Habíamos creado una pausa artificial, en la relación entre la información y el dinero. Una pausa que sólo podía sostenerse,

mientras nadie tuviera interés en romperla. Y nadie puede, sostener una pausa indefinidamente.

Antes de salir definitivamente del sistema, alguien me dijo algo que no estaba en los registros. No era una instrucción, era una observación.

—El problema no es que el mundo sea demasiado rápido.

—¿Cuál es, entonces?

—Que ya no sabe distinguir, entre anticipación y deseo.

No respondí, no había nada útil que decir.

Hoy, mientras escribo esto que nadie leerá en su momento correcto, entiendo que aquel grupo, no resolvió el problema, sólo lo desplazó, lo empujó hacia el futuro. Y el futuro, como siempre ocurre con las cosas empujadas, encontró la forma de regresar.

El mundo siguió acelerándose, y las instituciones intentando alcanzarlo. Y en algún punto, sin que nadie lo anunciara formalmente, la pausa dejó de existir. No hubo decreto de cancelación, no hubo cierre. Sólo una transición gradual hacia otra lógica: la lógica de la anticipación permanente.

Si alguien encuentra este documento algún día, probablemente lo lea como una curiosidad histórica, o como una pieza de ficción administrativa. Eso sería lo correcto, pero también sería falso.

El verdadero error, no fue creer que podíamos controlar el futuro, fue creer, que el futuro necesitaba permiso para empezar.

Cuando el futuro se vuelve negociable, la verdad deja de ser relevante.

1

Anomalía, o el mapa equivocado

Hay personas que pagan para encontrar respuestas. Otras, pagan para evitar preguntas. La diferencia suele determinar el monto del contrato.

En la mañana, en la que comenzamos el Caso del litio, todavía creía que trataríamos con alguien del primer tipo... me equivoqué.

Nuestro nuevo despacho, ocupaba el décimo piso de un edificio en la colonia Del Valle. Desprovisto totalmente de cualquier atractivo, no tenía logotipo en la fachada, ni personal de seguridad, ni siquiera un recepcionista que controlara el acceso de visitantes. Sólo un discreto tablero, con el directorio de las empresas, entre dos macetones con plantas artificiales, en el *lobby* del acceso principal.

Un edificio que sin duda había conocido tiempos mejores, y que muy probablemente conocería algunos peores. Ningún intento de

proyectar éxito. Las personas que necesitaban encontrarnos, ya sabían cómo hacerlo, las que no, jamás llegarían por accidente. Me gustaba esa cualidad.

En inteligencia aprendí, que la visibilidad excesiva suele ser una forma de vulnerabilidad. Las organizaciones realmente interesantes, rara vez necesitan anunciarse, existen porque alguien las necesita, nada más.

La discreción era sin duda más barata que la publicidad, y además, por alguna extraña razón, empezaba a atraer mejores clientes. Las empresas que necesitan ayuda, no quieren que nadie más lo sepa.

Nos habíamos visto obligados a realizar este cambio, ya que veníamos de un Caso bastante complicado, por decir lo menos, en el que nos enfrentamos a un sistema, que casi lleva a Messina & Asociados a la extinción.¹

Durante las últimas semanas, ese mismo sistema, había revertido algunas de las decisiones de sabotaje en contra del despacho, incluyendo el descongelamiento de cuentas bancarias, tanto de la empresa como personales, y de una parte de nuestros activos, con lo que casi recuperábamos la condición operativa acostumbrada.

Lamentablemente, dentro de los activos pendientes por liberar, se encontraba nuestro departamento frente al parque Mahatma Gandhi, con el que todos nos habíamos familiarizado. Bueno, esperemos sea breve este período de transición.

Llegué poco antes de las ocho. Carmela Rossi, nuestra asistente administrativa y gestora, ya estaba ahí. Siempre estaba ahí, y siempre también, con una sonrisa. Creo que ni una sola vez en poco más de tres años, había llegado antes que ella.

—Hola Lucas, buenos días.

¹ Nota del editor: el Caso anterior al que se hace referencia,, constituye "El Método Invisible", de la Serie *Nouvelle Noir*, publicado por esta misma Editorial. La novela está disponible, tanto en forma impresa como en formato electrónico, en Amazon.

–Hola Carmela... todavía no son buenos.

–Entonces estamos a tiempo.

Levantó una carpeta color arena, sin dejar de revisar los correos electrónicos en su pantalla.

–Tenemos una visita a las nueve.

–¿Importante?

–Eso dicen todos.

–Pero, y a ti, ¿qué te parece?

–Mmm... traje Zegna, corbata Hermès, zapatos Bally, bien cuidados. Hizo dos llamadas confirmando la cita. Creo que llegará unos diez minutos antes. Para mí... está preocupado, muy preocupado.

No pude evitar sonreír. Carmela revelaba a las personas, como los Rayos X, huesos. No siempre sabía qué ocurría, pero casi siempre sabía, cuándo algo importante estaba a punto de ocurrir.

Me dirigí a mi sala y encendí la computadora. Revisé reportes pendientes, dos solicitudes de investigaciones corporativas, un litigio comercial, una verificación patrimonial para un fondo europeo, nada extraordinario.

Ahora, a revisar correos. Me centré en el de la cita de esta mañana, y entender qué justificaba la expresión, que había visto en el rostro de Carmela unos minutos antes.

El correo no había llegado con carácter de urgente. Entró, como entran las cosas que aún no saben que van a ser un problema, con una neutralidad administrativa casi perfecta.

Mientras lo leía, la ciudad dejaba su estado habitual de congestión contenida, para pasar al siguiente nivel. Cuando los protocolos de contingencia ambiental, se implementan no sólo por los índices de contaminación detectados, sino por un asunto de instinto básico de supervivencia.

Era como si la ciudad respirara a través de filtros defectuosos.

Desde mi oficina podía observar buena parte de la ciudad, no la ciudad turística, no la ciudad la de las postales, la otra, la que realmente sostiene a las demás.

Edificios administrativos, centros de distribución, bancos, notarias, despachos, oficinas. Personas, entrando y saliendo de los lugares donde se toman decisiones, que los afectan directa o indirectamente, y que jamás conocerán sus nombres.

La mayoría de la gente, imagina que el poder se concentra en palacios de gobierno, consejos de administración, o en cuarteles militares. La verdad, es que el poder muy frecuentemente, suele esconderse en oficinas aburridas, en procedimientos, en reglamentos, en los párrafos de contratos, leyes y reglamentos, que nadie lee.

El poder puede estar en autorizaciones que parecen insignificantes, en formularios capaces de modificar el destino de regiones enteras.

Las guerras modernas, rara vez comienzan con disparos. Comienzan con el poder de las firmas, permisos, prioridades presupuestales, decisiones administrativas aparentemente inocentes, desprovistas de violencia, y precisamente por eso, que resulta tan difícil de detectar.

El poder que no siempre, necesita actuar de inmediato. Puede ser a través de decisiones estratégicas, que tarden años en mostrar sus consecuencias, y para entonces, ya nadie recuerda quién las tomó, ni por qué, ni para beneficio de quién.

Con aquellas reflexiones, observaba el movimiento constante e incansable de la ciudad.

A las ocho con cuarenta y siete, sonó el intercomunicador.

—Llegó.

—Hazlo pasar cuando esté listo.

—Llegó hace cuatro minutos.

—Entonces, ya está listo.

Alcancé a escuchar su risa, antes de que cortara la comunicación. Y unos segundos después, apareció María, que entró sin tocar, no necesitaba hacerlo.

María Caruso, era una de las tres personas de toda mi confianza, con derecho de picaporte en el despacho.

—¿Has visto quién viene?

—Sí, un ingeniero.

—¿Cómo sabes eso, lo conoces?

—No lo conozco, lo sé porque trae una carpeta física en la mano.

—María, pero eso no significa nada específico.

—En esta época... claro que significa, y mucho.

Se sentó frente a mi escritorio. María Caruso, asociada del despacho y responsable de asuntos jurídicos. Alta, guapa, con una belleza reservada y distinguida, tenía el aspecto y la personalidad, que fácilmente podrían asociarla con una jefa de estado.

—¿Y qué es lo que tenemos?

—Empresa de prospección geológica.

—¿Minería?

—Sí, subcontratista. Trabajan para varias compañías, mexicanas y extranjeras.

—¿Problema?

—Eso es lo interesante. —Dijo, dejando la expediente sobre el escritorio.

Abrí la carpeta. No encontré fotografías, ni demandas, ni reportes de incidentes. Sólo mapas, decenas de mapas. Coordenadas. Capas geológicas. Tablas. Modelos de proyección.

—No veo el problema.

—Yo tampoco, por eso te comenté que resultaba interesante.

—Pero entonces, ¿por qué está aquí?

—Porque alguien pagó por una reunión.

Antes de que pudiera continuar con la conversación con María, tocaron en el marco de la puerta. Acostumbro dejarla abierta.

Entró un hombre de unos cincuenta años, cabello entrecano, complexión delgada, traje oscuro, caro, como bien señalara Carmela, y mirada cansada.

Lo reconocí de inmediato. No de manera personal, sino por el tipo de cansancio. Era el de alguien que lleva semanas, intentando convencer a otros, de algo que nadie quiere escuchar.

Nos estrechamos la mano. Se presentó con Álvaro Quintanilla, director técnico de una empresa llamada Geoglobal Consultoría Estratégica.

Después de presentar a María y de los intercambios habituales, fue directamente al asunto. Lo que siempre se agradece. Las personas nerviosas, suelen hablar demasiado, las preocupadas, suelen ir al centro del problema.

—Necesitamos una investigación independiente.

—¿Sobre qué?

Sacó un tubo plástico, del que extrajo varios planos. Los desplegó sobre la mesa de reuniones que tengo junto a mi escritorio. Observamos los documentos, mapas geológicos, modelos estratigráficos, proyecciones de depósitos minerales. Nada particularmente extraño... hasta que comenzó a señalar puntos específicos.

—Este estudio es de hace catorce meses.

Asentí ligeramente con la cabeza.

—Este otro, es de hace ocho.

Asentí nuevamente.

—Y este, tiene tres semanas.

—¿Y cuál es el problema?

—Que son el mismo estudio.

No respondí, y volví a mirar. Sólo después de unos segundos, que percibí las pequeñas diferencias, mínimas. Algunas coordenadas desplazadas, líneas de proyección apenas modificadas, cambios que parecían insignificantes. Pero no lo eran, en lo absoluto.

—¿Quien hizo las correcciones?

—Esa es exactamente nuestra pregunta.

La sala quedó en silencio.

Tomé uno de los mapas, después otro. Luego el tercero. Comparé las referencias, las elevaciones, los modelos predictivos. Mientras más observaba, más incómodo me sentía. No porque entendiera de geología, porque entendía de sistemas, y aquello no parecía ser un error.

Los errores son caóticos, y aquello tenía dirección, intención, propósito.

—¿Qué consecuencias producen estos cambios?

Quintanilla tardó varios segundos en responder.

—Miles de millones de dólares.

María dejó de tomar notas. Incluso ella, levantó la vista.

—¿Puedes elaborar?

El ingeniero señaló una región específica. Noreste de Sonora.

—Estas proyecciones determinan dónde se concentrarían futuras inversiones.

—¿Exploración?

—Y también infraestructura: energía, carreteras, agua, seguridad.

De acuerdo. Comenzaba a quedar claro. No se trataba únicamente del mineral. Los minerales eran el comienzo, pero después venía todo lo demás: nuevos asentamientos, empleos, créditos, desarrollo de infraestructura, política, al final... poder.

—¿Estamos hablando de litio?

—Sí. —Respondió sin dejar de observarme.

Probablemente, cualquiera que hubiera seguido las noticias de los últimos años, habría llegado a la misma conclusión.

—¿Bacadéhuachi?

—Entre otras zonas.

El hombre permaneció unos segundos, suspendido en la sala.

Sonora. Lito. Inversión internacional. Intereses estadounidenses. Intereses chinos. Intereses mexicanos. Un tablero demasiado grande, para un simple fraude documental.

—¿Quién tiene acceso a estos estudios?

—Mucha gente... demasiada.

—¿Competidores?

—Sí.

—Gobierno.

—También.

—Inversionistas.

—Sí, y algunas universidades.

Suspiré brevemente, la lista sería tan amplia, que resultaba inútil.

—¿Qué nos haría pensar, que todo esto no se trata, de espionaje industrial?

Quintanilla sonrió, por primera vez desde que llegó, y no fue una sonrisa agradable. Fue la sonrisa de alguien que ya había formulado esa pregunta, muchas veces.

—Porque los depósitos no desaparecen.

—¿Y?

—Se mueven.

—¿Cómo que se mueven, a qué te refieres?

—A que las modificaciones, no eliminan la riqueza mineral, la redistribuyen.

Volví a revisar los mapas. Y entonces entendí lo que intentaba decir. Si alguien quisiera perjudicar a una empresa, ocultaría los depósitos. Si en cambio, quisiera beneficiarse, entonces inventaría los depósitos.

Pero aquello era diferente. Los recursos seguían existiendo, simplemente cambiaban de lugar en el papel.

Era como si alguien, estuviera intentando redituar el futuro, no el presente.

Por primera vez durante la reunión, sentí algo que no había sentido al abrir el expediente. Curiosidad, la autentica curiosidad, la peligrosa, la que suele terminar convirtiéndose en problemas.

–¿Qué quieren exactamente de nosotros?

–Saber quién lo está haciendo.

–¿Y si descubrimos que son actores gubernamentales?

–Nos gustaría saberlo.

–¿Y si son corporaciones extranjeras?

–También.

–¿Y si encontramos algo peor?

El hombre permaneció inmóvil por un momento, luego, respondió con absoluta honestidad.

–Entonces, probablemente habremos cometido un error al contratarlos.

Esa fue la frase que terminó por convencerme.

Las personas que mienten, intentan parecer seguras. Las que conocen el peligro, suelen reconocerlo.

Miré a María, ella me devolvió la mirada, no hizo falta hablar. Conocía esa expresión, la misma que había visto innumerables veces. Sabía que ya estaba investigando en su cabeza, aunque todavía no supiera qué. Y cuando eso ocurría, significaba que estábamos aceptando el trabajo.

–Envíanos todo, sin excepciones. Versiones originales, correcciones, metadatos, historiales, correspondencia, accesos. Quiero saber, quién tocó cada documento desde que fue creado.

Quintanilla asintió... parecía aliviado. Como si acabara de transferir una carga, con la que ya no quería lidiar.

No sabía que acababa de hacer exactamente lo contrario. Porque cuando salió del despacho, llevándose consigo el silencio que había traído, me quedé observando aquellos mapas extendidos sobre la mesa.

Y tuve una sensación nada fácil de explicar. No era intuicionistas, ni experiencia, era algo más simple que eso. Era la impresión de que estaba mirando una consecuencia, y no una causa.

Era como si aquellos mapas, no fueran el origen del problema, sino apenas la primera grieta visible de algo mucho más grande. Algo que todavía no alcanzábamos a ver en su totalidad, pero que ya nos estaba observando.

Muchas investigaciones comienzan cuando aparece una pista, pero algunas otras, las realmente serias, comienzan mucho antes. Empiezan cuando algo no encaja. Cuando un detalle insignificante, se niega a permanecer en silencio.

Esa mañana, el detalle era un conjunto de mapas, nada más.

Llevamos toda la documentación a la sala de reuniones para informar a todo el equipo. Mientras observaba los mapas extendidos sobre la mesa principal, tenía la sensación de estar contemplando, una escena del crimen sin cadáver.

Antonio Giordano fue el último en llegar, como siempre. No porque fuera flojo o irresponsable, antes al contrario, porque funcionaba con una lógica distinta a la del resto de los mortales. Era nuestro joven especialista en sistemas, y responsable de la seguridad de todas nuestras comunicaciones.

Entró cargando una computadora portátil, una tableta, dos teléfonos, y una taza de café, que parecían haber sobrevivido a una guerra.

—¿Buenas chicos, qué tenés?

—Litio. —Le respondió María.

—Pero litio, eso no es bueno, es peor que bueno.

—¿Cómo peor Antonio?

—Pero claro, vos sabés que ahora todo el mundo está loco con el litio. Hace diez años nadie lo miraba dos veces, pero ahora... ahora parece enterrado abajo de cada cerro. —Dijo, tomando asiento.

Comenzó a revisar los archivos digitales, que Quintanilla nos había enviado previamente. Mientras Daniel y Carlo comenzaban a familiarizarse con las informaciones.

Daniel Mardones, amigo de muchos años, al igual que María, era de toda mi confianza. Había tomado voluntariamente la tutela de Carlo, desde que este último, comenzara a trabajar en el despacho un par de años atrás.

La diferencia entre ambos era evidente, no sólo por la edad, sino porque, mientras Daniel parecía haber aprendido a desconfiar de todo, Carlo Ferrante parecía alguien, que todavía creía que la velocidad, podía resolver cualquier tipo de problemas. Los dos eran muy buenos investigadores, aunque por razones completamente distintas.

—¿Qué es lo que tenemos? —Preguntó Carlo.

—Mapas, muchos mapas. —Le respondí.

—Eso suena aburrido.

—Por eso precisamente, que me preocupa.

Daniel sonrió apenas. Entendió la observación.

Las investigaciones verdaderamente peligrosas, rara vez parecen peligrosas al principio. Los cadáveres llaman la atención, mientras que los documentos no. Sin embargo, los documentos suelen matar a mucha más gente.

Les expliqué el Caso. No con detalles exhaustivos, sólo lo necesario. Los cambios en las coordenadas, las modificaciones, los desplazamientos, las posibles consecuencias económicas. Cuando terminé, la sala permaneció en silencio por unos segundos.

—¿Y están seguros de que no es un error técnico? —Preguntó Daniel.

—Eso trataremos de averiguar.

Antonio levantó la mano, sin apartar la vista de la pantalla.

—No parece un error.

—¿Tan rápido?

—No... tan obvio. —Dijo, proyectando las imágenes de su portátil, en la pantalla grande la sala.

Nos mostró una secuencia de registros, con nombres, fechas, versiones, modificaciones, firmas digitales.

—Miren esto. —Dijo, ampliando una sección específica. —Los cambios fueron realizados, por usuarios distintos.

—¿Y?

—Y usaron herramientas distintos, sistemas distintos, equipos distintos, hasta ubicaciones distintas.

—¿Qué significa todo eso?

—Que alguien quiere que parezca normal.

La frase quedó como suspendida en el aire, por unos segundos. Antonio continuó.

—Si un mismo actor manipula documentos, normalmente deja patrones, como horarios, hábitos, errores, pero aquí no. Esto más bien parece un trabajo colectivo.

—¿Qué te hace pensar eso? —Preguntó María.

—Porque parece como si alguien hubiera repartido pequeñas tareas, entre personas que ni siquiera saben que participan en lo mismo.

Eso llamó mi atención, porque era exactamente el tipo de mecanismo que suelen usar las estructuras institucionales. Donde nadie ve el cuadro completo, donde cada persona realiza una

acción aparentemente inocente. Y el resultado final, aparece meses o años después.

—¿Puedes rastrear el origen?

—Tal vez. —Respondió. —Pero me va a llevar algo de tiempo.

—¿Alguna idea?

—¿Querés una mentira optimista, o una verdad deprimente?

—La verdad, ya lo sabes.

—Semanas.

—Eso es demasiado. —Dijo Carlo, soltando un silbido.

—Porque alguien hizo bien las cosas.

La reunión continuó. Analizamos escenarios, competidores, fondos de inversión, intermediarios, gobiernos. Ninguna hipótesis terminaba de encajar, todo parecía posible, y nada parecía correcto.

Fue entonces que María rompió el equilibrio.

—Hay algo más.

Todos la miramos. Ella sostenía una carpeta impresa. No una computadora, no una tableta, papel. María siempre confiaba más en el papel, cuando intentaba comprender estructuras complejas. Decía que los documentos físicos, obligaban al cerebro a pensar de otra manera. Nunca pude demostrar que tuviera equivocada.

—Encontré esto, mientras revisaba los permisos. —Dijo, dejando varias hojas sobre la mesa.

—¿Qué estamos viendo? —Preguntó Carlo.

—Autorizaciones.

—¿De qué tipo?

—De diferente tipo... ambientales, administrativas, energéticas, infraestructura, uso de suelo, de inversión.

Todos observamos las hojas, pero no entendíamos.

María señaló una serie alfanumérica repetida en diferentes lugares. A primera vista, parecía irrelevante, un simple código interno.

—Aparece en todos los expedientes.

–¿Y eso es raro? –Le preguntó Daniel.

–Muchísimo.

–¿Por qué?

María se cruzó de brazos, y tomó un par de segundos, antes de responder.

–Porque no debería de existir.

–¿Podrías explicarnos?

–Claro, los diferentes organismos que emitieron estos documentos, no comparten el mismo sistema administrativo, no utilizan la misma nomenclatura, ni responden a la misma autoridad, por lo que no deberían generar referencias que sean compatibles.

–Pero las generan.

–Exactamente.

Volví a mirar los códigos. No tenían nada de especial. Eran una combinación de letras y números, aparentemente insignificantes. Y precisamente por eso resultaba inquietante. Las estructuras más poderosas, rara vez anuncian su existencia, se esconden en detalles que todos ignoran.

–¿Qué significa? –Le pregunté.

–No lo sé todavía, y eso me preocupa más.

María rara vez admitía ignorancia. Cuando lo hacía, era porque había encontrado algo verdaderamente extraño.

–Necesitamos integrar un expediente completo de Bacadéhuachi, con todas las informaciones posibles, desde hace veinte años. Todo lo que encuentren: permisos, concesiones, modificaciones, disputas, todo.

Debido a la experiencia sufrida en el Caso previo, no podíamos evitar percibir todo, con la debida reserva y suspicacia. Debíamos ser especialmente cuidadosos, no podíamos descontar ninguna posibilidad de explicación.

La reunión terminó casi una hora después. No teníamos respuestas, sólo tareas. Antonio continuaría rastreando los archivos, mientras María investigaría la codificación.

Yo me ocuparía de reconstruir la cadena de decisiones, relacionada con los estudios.

Daniel y Carlo, estarían viajando a Sonora. Necesitábamos verificar los datos, directamente en campo, en el terreno mismo. Hablar con geólogos, examinar los registros físicos, encontrar algo que todavía no hubiera pasado por una computadora. A veces, la realidad deja rastros que los sistemas no pueden borrar.

—Salimos hoy en la noche a Hermosillo, y de ahí por carretera hasta Bacadéhuachi. —Dijo Daniel.

—Pidan a Carmela que les ayude con la logística del viaje, y las reservas de vuelos y transportación terrestre.

—Sí, le acabo de enviar un mensaje, ya nos está asistiendo con ese tema.

—Perfecto... Llévense equipo redundante.

—Claro, siempre lo hacemos.

—Sí, pero esta vez, más.

—¿Ya estás paranoico? —Preguntó Carlo, arqueando la ceja.

—Casi, todavía no del todo.

Uno a uno, fueron abandonando la sala. Antonio regresó a su sala, improvisada como laboratorio, Daniel y Carlo comenzaron a organizar su viaje, y María se encerró en su oficina, con una montaña de documentos. Me quedé solo al final, recogí los planos y documentos y me dirigí a mi sala, era el momento apropiado para un espresso y un buena dosis de burley.

El día avanzó sin descanso. La tarde comenzaba a extinguirse casi sin percibir. Continuaba pensando en los mapas, en Sonora, en el litio, en Bacadéhuachi, en los intereses económicos que gravitaban alrededor de todo aquello.

Era un escenario suficientemente complejo por sí mismo, pero algo seguía sin encajar del todo. La sensación persistía. Esa impresión de estar mirando apenas la superficie. Como cuando se observa una grieta en un muro, y se comprende que el problema real está dentro de la estructura.

Aquella noche, permanecí solo en la oficina más tiempo del necesario. No porque tuviera demasiado trabajo, porque algo no terminaba de hacer sentido.

Los documentos permanecían abiertos sobre la mesa. Mapas, coordenadas, estudios de prospección, informes técnicos, material que para la mayoría, resultaría insoportablemente aburrido. Para mí, tenía otra cualidad, los mapas son como confesiones, algo que aprendí hace muchos años.

Nadie dibuja un mapa, únicamente para describir un territorio. Todos los mapas, representan una intención. Alguien decide qué mostrar o qué ocultar, qué destacar o qué ignorar. Cada línea implica una elección, y cada elección favorece una interpretación. Y toda interpretación, termina produciendo consecuencias.

Observé nuevamente las coordenadas, los cambios eran en efecto mínimos, ridículamente pequeños, lo bastante discretos para pasar desapercibidos, lo bastante precisos para no parecer errores. Ese detalle me molestaba. Los errores suelen ser desordenados, aquello no lo era, parecía deliberado.

Desde la ventana la ciudad aparecía completamente iluminada, mientras recordaba las palabras de Quintanilla.

Miles de personas, convencidas de que habitaban una realidad razonablemente estable. Tal vez tengan razón, tal vez la estabilidad no era más que una ilusionismo estadísticamente aceptable.

Pensé en Sonora, en kilómetros de desierto, en las montañas en las que casi nadie pone atención, en pueblos cuyos nombres rara vez aparecen en los titulares nacionales.

Y pensé también en algo más, en la enorme cantidad de dinero que puede desplazarse, cuando alguien convence al mundo, de que un determinado lugar, importa.

Los recursos naturales poseen una característica curiosa. Su valor rara vez depende exclusivamente de su existencia. Depende de quién cree en ellos, de quién los necesita, de quién está dispuesto a apostar por su futuro.

Una veta mineral enterrada durante millones de años, bien puede permanecer siendo irrelevante, hasta que alguien decide que es estratégica. Y a partir de ese momento, cambia todo.

El territorio sigue siendo el mismo, pero el mundo comienza a mirarlo de forma diferente. Y esa diferencia suele bastar.

Volví a observar los documentos, la sensación persistía. No estaba viendo una disputa técnica, incompetencia o espionaje industrial, al menos no todavía. Lo que observaba era algo más difícil de definir.

La impresión de que alguien estaba intentando modificar, la manera en que ciertas personas mirarían el futuro. Y eso me preocupaba mucho más que cualquier error cartográfico. Porque los mapas pueden corregirse, pero las decisiones construidas sobre ellos, son otra historia.

Apagué la computadora, tomé mi saco y salí de la oficina.

Los documentos quedaron ahí, inmóviles, silenciosos. Entonces, tuve la sensación de que aquellas coordenadas, no señalaban un lugar, señalaban una dirección. Pero, todavía no sabía hacia dónde conducía.

Descendí al estacionamiento por la rampa. Estaba medio vacío. Encontré las llaves en el bolsillo, pero entonces... me detuve. No porque hubiera escuchado algo extraño, o porque hubiera visto algo raro. Sino porque a través de los años, se aprende a prestar atención a ciertas anomalías... y había una. Un automóvil estacionado cerca de la salida. Motor apagado, vidrios polarizados.

Nada ilegal, ligeramente sospechoso. Excepto por un detalle. Lo había visto estacionado esta misma mañana, del otro lado de la calle, frente al edificio.

Pensé durante unos segundos. Tal vez era sólo una coincidencia. Las coincidencias existen, después de todo, más de lo que la gente cree. Pero también existe otra cosa, las personas que confían demasiado en las coincidencias, suelen terminar apareciendo en los obituarios.

Subí al vehículo sin apresurarme, y encendí el motor. Salí del estacionamiento, y tomé dos calles al azar. Después, tres más. Luego, cambié la dirección y esperé. Observé los espejos... nada.

Seguí conduciendo... nada. Comencé a sentirme un poco ridículo, quizás, realmente estaba imaginando cosas. Quizás la experiencia, terminaba convirtiéndome en un defecto profesional. Pero entonces, vi el automóvil, a tres vehículos de distancia, justo detrás de mí.

No aceleró, no se acercó. No hizo nada que pudiera demostrar una vigilancia. Y por eso precisamente, me convenció. Los aficionados intentan seguirte, los profesionales, intentan que dudes de ti mismo.

Continué conduciendo, el automóvil permaneció detrás. Constante, paciente. Invisible para cualquiera que no estuviera buscándolo.

Cuando finalmente desapareció, unos veinte minutos después, ya había obtenido la única respuesta que necesitaba. No sabía quién observaba el despacho, no sabía por qué, ni sabía qué información poseían. Pero sí sabía una cosa: habíamos aceptado el Caso, apenas unas horas antes. Y alguien ya estaba prestándonos atención.

La pregunta dejó de ser, quién había alterado los mapas. La pregunta pasó a ser, cuánto tiempo llevaba esa persona, esperando que alguien empezara a hacer preguntas.

